



Un empresario camino a los altares:
La vida de Enrique Shaw,
un padre de familia y empresario siendo levadura en el orden temporal
Martiniano Stremi
Dios y el hombre, vol. 5, n. 1, e075, 2021
ISSN 2618-2858 - <https://doi.org/10.24215/26182858e075>
<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>
Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP
Seminario Mayor San José
La Plata, Buenos Aires, Argentina

UN EMPRESARIO CAMINO A LOS ALTARES

La vida de Enrique Shaw, un padre de familia y empresario siendo levadura en el orden temporal

A Businessman on his Way to the Altars
The Life of Enrique Shaw, a Father of a Family and Businessman,
Being Leaven in the Temporal Order

Martiniano Stremi

stremi.martiniano@gmail.com

Universidad Católica de La Plata – La Plata – Argentina

Resumen

Alguna vez alguien dijo que los santos son la respuesta de Dios frente a diferentes realidades y problemas que la historia trae consigo y convive a través de los tiempos. Este breve artículo apoyándose en el libro "Enrique Shaw y sus circunstancias" (Ambrosio Romero Carranza) pretende rescatar una de esas soluciones que la providencia divina regaló con su maravillosa creatividad al mundo de los fieles Laicos y la profesión empresarial. A 100 años del nacimiento del Siervo de Dios, Enrique Shaw.

Palabras claves: Empresario, Trabajador, Laico.

Abstract

Someone once said that the saints are God's response to different realities and problems that history brings with it and coexists throughout the ages. This short article, based on the book "Enrique Shaw y sus circunstancias" (Ambrosio Romero Carranza), tries to rescue one of those solutions that divine providence gave with its wonderful creativity to the world of the lay faithful and the business profession. 100 years after the birth of the Servant of God, Enrique Shaw.

Keywords: Businessman, employee, Laic

Recibido: 28/02/2021

Aceptado: 20/05/2021

Publicado: 12/07/2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Introducción

En tiempos donde la dialéctica y el paradigma de lucha y constante confrontación es ley, la respuesta en forma de síntesis y superación frente a aquellas tensiones y dicotomías, en un deber y un llamado de paz y fraternidad. Tanto el Siglo XIX como el Siglo XX han sido signo de estas concepciones filosóficas y políticas que han profundizado la herida y agrandado aquella conocida grieta entre quienes disponen del capital y quienes lo trabajan. Ante este marco es posible que nos formulemos algunas preguntas. ¿Es indispensable, esencial y necesario establecer una lucha entre ambos lados de la grieta para encontrar la solución de aquello que está corrompido? ¿nos encontramos ante una falsa dicotomía? o si en verdad la historia y los hechos dan certeza de que allí hay algo herido, ¿no deberíamos intentar encontrar la herida para así sanarla?

Es muy probable que algunas ideas sobre la abolición de sectores sociales, despierte corazonadas y ardores revolucionarios sobre la vida de muchas personas. Incluso, llegan a formarse y asimilarse de tal modo que constituye una especie de sentido existencial. Ante esto, tenemos el derecho y el deber de preguntarnos si no estaremos consumiendo, alimentándonos y eligiendo la salida fácil. Nuevamente podemos llegar al mismo punto: encontrar la herida para poder sanarla. Así lo entendió Enrique Shaw y con su vida, fue reflejo vivo del poliedro de caminos por los que Dios ha llamado y sigue llamando a tantos hombres y mujeres dispuestos a trabajar por la atmósfera de bien común. Un hombre que hizo de la fraternidad, la amabilidad, la inteligencia, la alegría y el esfuerzo, su proyecto de vida para ser un conciliador de dicha grieta. De esta manera, buscando armonizar en su vida el lenguaje de la mente, las manos y el corazón (como gusta decir nuestro papa Francisco) y recibiendo con total apertura la gracia de Dios, logró elevar al sector empresarial por encima de los criterios reinantes del dinero y la eficiencia como un fin. Su trayectoria vivida en santidad hizo que aquellos criterios se empapen de un humanismo cristiano proyectado en la doctrina social de la iglesia, comprendiendo y ordenando aquello que es un medio y aquello que es un fin en sí mismo.



Para conocer un poco más este camino a los altares, hagamos un breve recorrido por la historia de este muchacho que llegó a ser un verdadero modelo de laico.

Un muchacho con hambre de gloria

Nacido en Francia en 1921 pero criado en Argentina, Enrique Shaw, hijo de Sara Tornquist y de Alejandro Shaw, fue educado en una de las famosas escuelas de La Salle en Buenos Aires. Desde temprana edad mostró una gran competencia y dedicación para con sus estudios, la lectura, y así también como con su ferviente devoción cristiana, recibiendo su primera comunión a los siete años de edad. Enrique, de este modo iba creciendo rectamente en su dimensión tanto física como espiritual.

A sus catorce años, el impulso e interés por forjar su carácter y disciplina lo llevó a adherirse a la Marina, en la Armada Nacional. Los testimonios cuentan de su gran empeño en alimentarse de buenas lecturas y de un hábito que lo acompañaría durante toda su vida: poner por escrito en diarios de anotaciones lo que su corazón demandaba. Si bien él fue cultivando desde niño una conciencia de fe, además de una impecable práctica religiosa incluso en las embarcaciones de la armada (que traía comentarios de todo tipo por parte de sus compañeros de tripulación), no fue hasta sus veinte años que Enrique se encontró con unas páginas que cambiarían el rumbo de su vida. Su *metanoia* fue a partir de la lectura de un libro acerca de la doctrina social de la iglesia, la cual despertó pensamientos tales como: "debo asegurar, mediante un largo trabajo y estudio, mi preparación para la vida que me espera por delante. Cuanto más me prepare y espere el momento de actuar será mayor mi rendimiento. ¡Grandes cosas son las enseñanzas del evangelio!" (Shaw en Romero Carranza, 2009, p. 23)

Aquí podemos encontrar algunos indicios de su proyecto de vida. La importancia de la preparación y la formación a la espera de lo que su futuro traería a cuentas. Podríamos decir que ¡él primereó con su preparación, a su propio proyecto de vida! Diríamos que no improvisó, sino que ejerció la virtud de la prudencia con un estilo sensacional.

Su trabajo por llevar el Evangelio encarnado en su vida no significó de manera alguna una actitud egoísta de salvación. Buscó con intensidad la predicación a su propia tripulación, así como también llevó adelante, en uno de sus últimos viajes en la armada, una actividad catequística para con la ciudad de Ushuaia. Este fue uno de los momentos de inflexión en su corta vida, momento en el que se casó y comenzó el desarrollo de su vida conyugal con Cecilia Bunge, madre de sus nueve hijos y gran compañera de vida en el tiraje del mismo yugo.

Levadura en la masa empresarial

Su paso por Ushuaia no fue un momento más de su vida. Cumplió una gran tarea apostólica en aquel lugar al hacer que los fieles volvieran a concurrir a las actividades eclesiales y difundir la voz de Cristo entre los ciudadanos. Esta experiencia de apostolado lo condujo a repensar el camino de su vida profesional a partir del llamado que Enrique oía en su corazón: la aventura de abandonar su puesto en la marina como oficial, para lograr tener una mayor libertad en la dedicación de convertirse en un apóstol laico del catolicismo. "Debo llegar al estado denominado de perfección común, donde el alma evita el pecado venial deliberado, y está dispuesta, si necesario fuere, a practicar las virtudes de modo heroico" (Shaw, 1944).

Antes de culminar finalmente su paso por la marina, Enrique es enviado a la Universidad de Chicago para hacer estudios en meteorología. Dios es sabio y puso las fichas en juego para que en aquel largo viaje, se encontrará con dos capellanes franco-canadienses miembros de la J.O.C (Juventud obrera católica) los cuales entablaron una gran relación de diálogo para con el ahora ex marino, y suscitaron en su corazón la necesidad de trabajar por la promoción de la clase obrera, en aquel entonces mal cuidados por muchos empresarios de miopía cristiana.

Es así que Enrique, a partir del año 1945, se lanzó en los brazos de Dios y de sus planes, decidido a emprender una vida de pobreza y trabajo obrero, a tal fin de promover desde el mismo lugar que aquellos una conciencia evangélica. No todo salió según lo esperado, y el soplo del Espíritu lo acompañó a embarcarse en desafíos aún mayores. En su estadía en la ciudad de Chicago, su confesor lo convenció de que su tarea y su sueño apostólico no debería



ejergerlo a partir del trabajo obrero, sino más bien desde la vocación patronal, ser empresario, de tal manera que pudiera impulsar la promoción del trabajador, cuidar su dignidad, las condiciones del trabajo, su salario, y establecer un puente de diálogo e igual comunión entre dos polos divididos por corrientes ideológicas que promovían la relación dialéctica empresario-trabajador. Enrique, con sus manos, mente y corazón, logró ser ejemplo de que esas confrontaciones no son más que falsas dicotomías maquilladas de libertad.

El poner manos a la obra no tardó en llegar. El tío de su mujer, Cecilia, le propuso ingresar en la gerencia de una importante fábrica: Cristalería Rigolleau S.A. Allí fue el comienzo de su aventura incursionando en el trabajo industrial, y posteriormente desempeñando el rol de patrón. Para él, la empresa debía ser una comunidad, no una lucha de intereses ni tampoco un mero medio para enriquecerse a costa de todo. Ha comprendido exquisitamente aquel dilema de justicia: el fin no justifica los medios. El trabajador no es un medio, es un fin en sí mismo dada su inviolable dignidad por ser Hijo de Dios. Nuevamente, él como empresario buscó y logró promover y cuidar esta inmensa dignidad, dignificando, en retroalimentación, su propia vocación empresarial.

Era necesario custodiar y mejorar la calidad de las condiciones materiales de la existencia del trabajador industrial, acompañando integralmente su dimensión espiritual. En el pensamiento de Shaw, una cosa no quitaba la otra. Eran perfectamente complementarias y necesarias para el clima organizacional. Si en algún sector cabía aquella responsabilidad del cumplimiento de las exigencias materiales y espirituales, el empresario era quien primero debía mover las fichas del tablero, y así lo hizo.

Un adelantado de la doctrina social de la iglesia

Los testimonios cuentan su gran alegría y calidez dentro de la cristalería. Un trato muy cercano con sus trabajadores y un gran cuidado por el conocimiento de la vida personal de cada uno de ellos. ¡Quién habría pensado que un empresario buscaría de tal modo acercarse y palpar los gozos y sufrimientos de sus empleados! Permitiéndonos el paralelismo, que más bien se encuentra en un punto de convergencia, recordemos el prefacio de la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II (tres años después de su muerte).

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (Gaudium et Spes, 1).

La doctrina hecha carne incluso antes de ser escrita, refleja un Evangelio encarnado en una vida dispuesta a su servicio. Una vida entregada a que la empresa cumpla totalmente su función. Esta es la de multiplicar los bienes y el rendimiento de producción y valor agregado, aún sin descuidar los demás factores tan importantes para el sector industrial, la generación de trabajo y la dignificación del obrero al ganar su pan con el fruto de sus esfuerzos, así como el de fomentar la creatividad, la sana competencia, entre otras.

A continuación, sería grato traer a cuenta algunas extracciones de los escritos que Enrique llevaba en sus diarios de anotaciones en el auge de su profesión empresarial, como frutos resultantes de una maduración y crecimiento *in situ*, con la iluminación de la gracia de Dios y con sus esfuerzos por ser un laico comprometido con su misión de ser santo. Podrá vislumbrarse la manera en la que, influenciado por los primeros textos del *corpus* de la doctrina social de la iglesia, también se adelanta a tantos otros de ella que están por venir *post mortem*, desde Juan Pablo II y Benedicto XVI hasta el propio papa Francisco. De igual modo, cabe aclarar que, entre ellos, se encuentran frases de sacerdotes y otras personas del mundo católico que él mismo transcribe.

“Lo esencial en una empresa es el respeto por la dignidad humana. Ha de haber amistad y buena voluntad entre patrones y obreros”.

“Es indispensable mejorar la convivencia social dentro de la empresa. Importa mucho que el dirigente de empresa sea accesible. Hay que humanizar la fábrica. Para juzgar a un obrero hay que amarlo”.

“Los dirigentes de empresa deben ser inspiradores y usar todo el potencial de los hombres y de la tierra para dar un beneficio material, pero también un beneficio espiritual”.

“La empresa ha de ser comunidad de vida, instrumento de dignificación, hogar de relaciones humanas, escuela de prudencia y responsabilidad”.

“Virtudes del empresario son: eficacia, energía, iniciativa. Considerar como deber de estado el ser eficiente, por cuanto para poder distribuir más es



necesario producir más. Además, la eficacia del empresario es la mejor garantía de continuidad de trabajo para los obreros de su empresa”.

“Debemos aplicar la doctrina y el mensaje de Cristo a los problemas concretos de la función empresarial”.

“El empresario ha de encarnar a Cristo en la empresa y la forma de hacerlo es aplicar sus enseñanzas. El problema más agudo es la carencia de gente cristiana capaz de actuar en los niveles más altos de las empresas”.

“Se debe procurar que el obrero tenga iniciativa, que piense, sugiera y actúe sin esperar las ideas de arriba. Así el obrero trabaja más feliz”.

“Revolución es distinto de reivindicación: aquella destruye el pasado; ésta pule y perfecciona el pasado”.

Estas y tantas otras más, son algunas de las frases recolectadas por su biógrafo, las cuales dan cuenta de una humilde pero excelente síntesis de aquella primera relación de lucha. Desde su *praxis*, Enrique busca superar la confrontación para navegar por el camino de la comunión. Viendo la empresa como comunidad de vida y trabajo entre los distintos actores, respetando cada uno de los roles, desde el trabajador que trabaja y el emprendedor que emprende, discriminando el accionar y las exigencias que le competen a cada sector, como hemos visto desde sus propias palabras, lejos de todo paternalismo, alienación y dependencia, Shaw buscaba multiplicar los dones de sus empleados. Ya mencionamos su preocupación por que los trabajadores tengan iniciativa, participación y libertad de pensamiento y acción en pos de fructificar la producción y eficacia de la industria. Esto no solo lo convertía en un hombre que ofrecía y garantizaba un trabajo digno, sino que además acrecentaba las potencialidades técnicas, intelectuales, morales y espirituales de sus trabajadores. Si de horizontalidad organizacional se habla hoy en día, nuevamente lo nombraremos como un adelantado a la época.

Además, es importante recordar el incesante celo formativo que Enrique custodió durante toda su vida. Él tuvo muy bien en claro que uno de los factores primordiales, para poder ejercer su acción evangelizadora a través de su profesión, era el de estar a la altura y constantemente actualizado en la ciencia de los negocios y el estudio particular del sector productivo en el que se encontraba. Para generar más trabajo era fundamental poder multiplicar los bienes productivos. De esta manera cumplía con las exigencias propias de un

hombre dedicado al cumplimiento de la doctrina social de la iglesia, pero también cien por ciento formado y apto para su propia vocación profesional. Como nos recuerda el papa Francisco:

la actividad de los empresarios es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos [...] Cada hombre está llamado a promover su propio progreso, y esto incluye fomentar las capacidades económicas y tecnológicas para hacer crecer los bienes y aumentar la riqueza (papa Francisco, 2020, p.123).

Punto de fuga

Sin la necesidad de demoler la acción y el rol que el otro cumple dentro de la sociedad civil, contemplando la relación de necesidad entre ambos, y entendiendo la riqueza material y espiritual que el trabajo mutuo produce en proyección al bien común, podríamos encontrar inmensas motivaciones para que en el presente y en el futuro busquemos ser otros Enriques, puesto que en definitiva, él buscaba ser otro Cristo. Tal es así que se convierte en uno de los fundadores y en el primer presidente de la asociación cristiana de dirigentes de empresa ACDE, que, hasta el día de hoy, es manantial de contagio evangélico en los espacios de dirigencia empresarial.

Su gran punto de fuga fue la santidad. El lugar hacia donde convergen todas sus decisiones y deseos de su vida, el rol como un padre bondadoso y alegre, de esposo que entiende el matrimonio como una escuela de caridad, y de empresario que buscó contribuir a la auténtica atmósfera de bien común, sólo pudo haber tenido su fuente de vida en la búsqueda del reino de Dios y su Justicia.

Aún en el tramo final de su vida en 1962, pudo verse en concreto los afectos y frutos que su calidez y compromiso por el trabajo resultaron ser. Llegado el momento de su muerte, con la necesidad de recibir transfusiones de sangre, aproximadamente doscientas sesenta personas –de entre ellas, en su mayoría, obreros de la cristalería– se dispusieron a donar su sangre para entregarla a su querido patrón: “Puedo decirles que ahora casi toda la sangre que corre por mis venas es sangre obrera”, pronunciaba el propio Enrique.



Resulta significativo culminar este artículo con unas líneas de la doctrina social de la iglesia. Es posible que su humildad hubiese demandado finalizar un escrito sobre su vida con las palabras propias de la Iglesia que tanto amó y por la que tanto luchó:

Los fieles laicos deben fortalecer su vida espiritual y moral, madurando las capacidades requeridas para el cumplimiento de sus deberes sociales. La profundización de las motivaciones interiores y la adquisición de un estilo adecuado al compromiso en campo social y político, son fruto de un empeño dinámico y permanente de formación, orientado sobre todo a armonizar la vida, en su totalidad, y la fe. En la experiencia del creyente, en efecto, «no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura» (Pontificio Consejo Justicia y Paz, 2005, 546).

Nos encomendamos a la oración por los sueños de tantos jóvenes en su búsqueda de contribuir a este mundo y dejarlo en mejores condiciones de lo que lo encontraron. También por la pronta beatificación del Siervo de Dios y para que su vida siga siendo ejemplo de Fe, Esperanza y Caridad, especialmente para aquellos que están llamados a ordenar las cosas temporales a las sobrenaturales: el laicado universal.

Bibliografía

Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*:

https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/document_s/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html [encontrado en 2021].

Francisco, Papa (2020), *Fratelli tutti*. Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina Oficina del Libro.

Pontificio Consejo Justicia y Paz (2005), *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. Buenos Aires, Conferencia Episcopal Argentina Oficina del Libro.

Romero Carranza, Ambrosio (2009), *Enrique Shaw y sus circunstancias*. Buenos Aires; ACDE (asociación cristiana de dirigentes de empresa).

Shaw, Enrique (1944), *Peldaños en el amor a Dios*.